

Discurso de inauguración de las Terceras Jornadas de Cultura Clásica (IDILL, USAL, 1999)

Señoras y Señores:

Vengo con gran satisfacción a cumplir el grato deber académico de inaugurar estas «Terceras Jornadas sobre Cultura Clásica».

En nombre de la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador expreso un cordial saludo a todos cuantos habiendo aceptado nuestra invitación a participar en ellas, nos honran hoy con su presencia.

Deseo agradecer muy especialmente a los directivos y académicos de la Escuela de Letras, del Instituto de Investigaciones Literarias y Lingüísticas y de la Secretaría de Extensión Universitaria, quienes han tenido a su cargo, de modo directo, los trabajos preparatorios encomendados para la realización de estas Jornadas.

Hago extensivo mi agradecimiento a los señores expositores, que con su saber habrán de enriquecernos en estos días, y a todos cuantos nos acompañan, compartiendo con nuestra Institución el aprecio por los estudios clásicos.

Las Jornadas que tienen lugar este año, luego de las dedicadas en 1995 al «Agón en la cultura clásica» y en 1997 a la «Utopía en el mundo clásico», abordan como tema central el no menos importante de las estrategias del discurso político.

Al conocimiento del legado cultural del mundo clásico, lo he dicho ya en otra oportunidad, «no nos acercamos guiados por un puro afán erudito. No nos anima la respetuosa veneración que siente el arqueólogo por un pasado glorioso pero enteramente extraño o clausurado. Antes bien, esa antigüedad es para nosotros tradición. Una herencia que no gravita como peso muerto sobre el presente, sino que es motivo impulsor de actividad creadora.

Esta herencia está vigente entre nosotros, hispanoamericanos, desde el momento mismo en que se plasma nuestra identidad cultural. Somos ricos herederos de ese mestizaje cultural que nos entronca con aquella época que tanto debió a los antiguos, y que mereció la justa denominación de siglo de oro».

Si esto vale en general, mucho más puede aplicarse al discurso político, que ocupó un lugar tan eminente en el pensamiento y la cultura griega, y más tarde, a través de sucesivas mediaciones, ejerció honda influencia en el mundo alejandrino, en el vasto proceso de romanización, y en la tradición ininterrumpida —crítica y superadora merced al aporte cristiano— que a lo largo de siglos condujo a los tiempos modernos.

Es sabido, por otra parte, que aún hoy los discursos políticos clásicos son estimados y considerados insuperables. Se estudian, sirven de inspiración o modelo y son conscientemente imitados; y no exagero al decir que a lo largo de los siglos ese aprecio ha arraigado en pueblos —basten los ejemplos de España e Inglaterra— que precisamente ejercieron en distintos momentos un singular liderazgo mundial.

Toca a los especialistas que tendrán a su cargo las exposiciones precisar las características del discurso político griego y sus estrategias, los alcances tan ricos y llenos de



matices que pueden atribuirse a aquella expresión y a los términos que la componen según los diversos autores y épocas de la antigüedad clásica.

Por mi parte deseo señalar únicamente el acierto en la elección de una temática entre las principales que podrían haberse designado para estas Jornadas.

El espíritu que preside nuestros trabajos al abordar una materia de tanto interés no es otro, naturalmente, que aquél que alienta la íntegra acción cultural de nuestra casa: procuramos un mayor y mejor conocimiento y comprensión de nuestra cultura.

El tema del discurso político une dos realidades esenciales de lo humano: la palabra y el poder; y consecuentemente el poder de la palabra y la palabra persuasiva.

Todas estas cuestiones merecen abordarse, para su cabal comprensión y trato científico, en un estudio interdisciplinario que incluya las dimensiones histórica, antropológica, filosófica —y al menos por implicancia— teológica. En este sentido los aportes específicos que aquí se hagan en una línea superadora de «críticas destructivas» constituirán, sin duda, un valioso aporte.

Porque, como es natural, el diálogo entre las diversas disciplinas debe ser precedido por los estudios particulares. Y aun cuando se descarta que todo estudioso puede dar cuenta de los fundamentos epistemológicos que sostienen su trabajo, no es menos cierto que la comunicación y el intercambio siempre enriquecen.

Esta Facultad de Historia y Letras aspira a ser cada vez más un espacio en el que los estudios humanísticos sean tales, es decir, recuperen cada vez más la tensión entre pluralidad y unidad: pluralidad de enfoques disciplinarios que no renuncian, sin embargo, a la integración del saber.

A esto alude la carta de principios «Historia y Cambio» al referirse al espíritu crítico e innovador. En esta dirección debemos avanzar sin temores, pues no puede haber temor en quien busca guiado sólo por el deseo de hallar la verdad.

Con esta seguridad y reiterando a cada uno la bienvenida que esta Casa les dispensa, declaro inauguradas estas Terceras Jornadas de Cultura Clásica.

22 de septiembre de 1999